

MARÍA, ESTRELLA DE LA ESPERANZA

Juan Esquerda Bifet

Introducción

El texto mariológico del final de la encíclica *Spe salvi* (nn.49-50) es un resumen de los contenidos del documento, vistos desde la realidad y vivencia de María, “Estrella de esperanza”.

María, “Estrella” y “Madre” de esperanza, queda descrita en dimensión cristológica, como reflejo de Jesucristo, quien “es ciertamente la luz por antonomasia” (n.49). María, como Madre del Señor y toda santa, destaca entre todas las “personas cercanas, que dan luz reflejando la luz de Cristo” (ibídem).

En este sentido, el título de “Madre” de esperanza puede también expresarse como “Madre de *la* esperanza”, puesto que es el mismo Jesús, su Hijo, quien es “nuestra esperanza” (1Tim 1,1), es decir, la personificación de la esperanza.

La encíclica termina con una oración, a modo de resumen sapiencial de los textos marianos del Nuevo Testamento, con una breve referencia a la esperanza anunciada en el Antiguo Testamento. En este resumen final afloran los contenidos básicos de la encíclica, expresados en dimensión mariana.

El título “Estrella de la esperanza” delinea la realidad de María como discípula y prototipo de cómo vivir la esperanza cristiana de modo comprometido. En los textos marianos del Nuevo Testamento, la actitud de esperanza de María se realiza por medio de un itinerario que comparte la misma vida de Cristo y sabe dejarse sorprender por él.

Nuestro estudio intenta también ensamblar explícitamente las afirmaciones clave de la encíclica con el modelo mariano, válido para todo el decurso del caminar eclesial histórico. Por esto, al final, aludiremos brevemente a los tres “lugares” de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza, a modo de “escuelas” de la esperanza bajo la guía de María: la oración, el sufrimiento y el juicio (o examen de amor).

1. La figura de María, clave para vivir de modo comprometido la esperanza cristiana

La encíclica tiende hacia un objetivo evangélico, calificado como “performativo” (n.2), es decir, que no sea sólo “informativo”, sino que comprometa a una praxis cristiana concreta, puesto que “no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida” (n.2).

El testimonio de María se propone, pues, al final, como figura o personificación de la Iglesia que vive en esperanza comprometida. La encíclica no se ciñe a informar, sino que invita a un cambio de vida. Por esto, la afirmación paulina que da el título a la encíclica, *Spe salvi*, “en esperanza fuimos salvados” (Rom 8,24), nos recuerda, según el Papa, que va dirigida “también a nosotros” (n.1).

María es “Estrella de esperanza” y “Madre de la esperanza” por ser reflejo de la luz personificada en Jesús. Y por ser Madre de Jesús, es Madre de “la” luz. El mismo Jesús, que se llama a sí mismo “luz del mundo” por antonomasia (Jn 8,12), califica también a los suyos como “luz del mundo” (Mt 5,14), en cuanto que, con su conducta, deben reflejar la luz de Jesús.¹

Se trata de una esperanza apoyada en el misterio de Dios hecho hombre. En Cristo, Dios tiene rostro y corazón humano, y de este modo puede acompañar al hombre desde dentro de su misma historia. María, con su “sí”, como colaboración a la gracia o don de Dios, ha hecho posible esta realidad de esperanza: “con su « sí » abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo” (n.49).²

Dios, que ha querido este “sí” de María, ha entrado en nuestra historia como uno de nosotros, compartiendo la misma suerte y dándole el verdadero sentido. La historia humana ya puede orientarse hacia “una esperanza que vaya *más allá*” (n.30). Esta esperanza tiende hacia el “*más allá* del mundo presente, pero precisamente por eso tiene que ver también con la edificación del mundo” (n.15).

Esta perspectiva comprometida y globalizante, que armoniza el presente y el futuro, es posible gracias al misterio de la Encarnación del Verbo, realizado en el seno de María por obra del Espíritu Santo.

Ya desde el inicio, al glosar la frase paulina “*Spe salvi facti sumus*” (Rom 8,24), se describe esta línea armónica que supera, por la fe y la esperanza, el concepto de tiempo circular y lineal: “Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso” (n.1).³

El himno mariano “*Ave Maris Stella*” (del siglo VIII/IX), citado por la encíclica, recuerda una historia milenaria de esta invocación eclesial, dirigida a quien, por ser “Madre de Dios”, sirve de orientación a la “vida humana”, que queda descrita como “camino” (hacia una “meta” y con un “rumbo” determinado). “La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso”, en el que “las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente”. Estas personas son

¹ En la presente encíclica Benedicto XVI hace referencia a “la estrella” que guía hacia Jesús (cfr. n.5) o “la estrella de la esperanza” que surge en el corazón humano (n.37). En la oración final de su primera encíclica (*Deus caritas est*, Dce) se dice a María: “tú has dado al mundo la verdadera luz, Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios” (DCe 42).

² “Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto” (n.31).

³ Y en el decurso del documento, se afirma a modo de síntesis: “Resumamos ... está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya *más allá*” (n.30). En nuestro estudio subrayamos el “*más allá*” (al que aluden los nn.15, 30, etc), como aspecto fundamental de la esperanza (en su dimensión escatológica).

“luces de esperanza” porque son reflejo de la luz de Cristo, quien “es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia” (n.49).⁴

Este título poético, que equivale a “Estrella de esperanza”, ha sido glosado por San Bernardo: “Elimina este astro del sol que ilumina el mundo y ¿dónde va el día? Elimina a María, esta estrella del mar, sí, del mar grande e inmenso ¿qué permanece sino una vasta niebla y la sombra de muerte y densas nieblas?”.⁵

En esta perspectiva teológica sobre la esperanza, que es la clave para interpretar la historia, se encuentra la afirmación mariana que ayuda a profundizar el misterio de la Encarnación como centro esperanzador de la historia: “Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su « sí » abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cfr Jn 1,14)?” (n.49).

En el contexto de estos contenidos marianos, y en relación con la esperanza, resalta la importancia del “sí” de María (“abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo”), como resumiendo y descifrando las esperanzas mesiánicas (María como “Arca viviente de la Alianza”, signo de una nueva presencia de Dios en el mundo).

Toda la encíclica *Spe salvi* es una invitación a buscar la esperanza en un Dios cercano y visible, que, en Jesús, tiene rostro y corazón de hombre y que, por tanto, se preocupa de la historia humana compartiéndola con nosotros.

Es importante notar la fuerza que adquiere el ejemplo de un santa sencilla, como la ex-esclava Santa Josefina Bakhita, junto a la doctrina teológica, deslumbrante y clarificadora, de San Agustín, Santo Tomás y San Bernardo: “Josefina Bakhita... sentía el deber de extender la liberación que había recibido mediante el encuentro con el Dios de Jesucristo; que la debían recibir otros, el mayor número posible de personas. La esperanza que en ella había nacido y la había « redimido » no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos” (n.3).⁶

Los testimonios cristianos que se citan en la encíclica tienen la particularidad de presentar una experiencia vivida y reflexionada, a la luz de la fe en Cristo, para comunicarla a los demás. María forma parte de esta lista de testimonios, pero en lugar privilegiado, como “Estrella” y como “Madre de la esperanza”. La garantía de haber encontrado la esperanza en Cristo, consiste en el deseo de comunicarla a los demás.

⁴ El himno “Alma Redemptoris Mater”, que se canta al final de la liturgia de las horas (antífona propia del tiempo de adviento), incluye la invocación “Estrella del mar” (“Stella maris”). Lo recuerda también la encíclica *Redemptoris Mater*: “En este cumplimiento escatológico no deja de ser la “ Estrella del mar ” (Maris Stella) para todos los que aún siguen el camino de la fe” (RMa 6; ver también RMa 51).

⁵ SAN BERNARDO, *In Nativitate B. Mariae Sermo de aquaeductu*, 6, Opera, vol. V, 1968, 279. En las tempestades de la vida, el santo invita a recordar que el nombre de María “significa Estrella del mar” y añade: “Mira a la Estrella, invoca a María... piensa en María” (*In laudibus Virginis Matris*, Homilía 2, 17, Opera, vol. IV, 1966, 34-35).

⁶ La encíclica cita la doctrina de San Agustín en los nn.11-12, 14-15, 28-29, 33. De Santo Tomás, en el n.7. De San Bernardo, en los nn.15, 39.

María, al final de la encíclica, recapitula la larga lista de cristianos (mártires, santos, misioneros, personas consagradas...), que, en el decurso de la historia y en aras de la esperanza, “han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y el amor de Cristo” (n.8; cita y comenta Heb 10,34). Por este despojamiento, amalgamado de dolor y de gozo, María es “madre de una manera nueva” (n.50). En los testimonios cristianos, que supieron armonizar la fe y la razón, se hace evidente que “no es la ciencia la que redime al hombre”, sino que “el hombre es redimido por el amor” (n.26).⁷

Estos testigos son una ratificación del *Magnificat* de María, que resuena a través de los siglos (n.50). También de María se puede decir que “sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza” (n.31).

De este modo, según la doctrina conciliar del Vaticano II, en el camino histórico de la Iglesia peregrina, María “antecede” como “signo de esperanza”: “Entre tanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo, así en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor (cfr. 2 Pe 3,10), antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante como *signo de esperanza* y de consuelo hasta que llegue el día del Señor” (LG 68).⁸

En la historia de la humanidad, que no siempre acierta en la búsqueda del bien definitivo, “María sigue siendo una señal de esperanza segura.” (RMa 11). Efectivamente, “a través de las generaciones está presente en medio de la Iglesia peregrina mediante la fe y como modelo de la esperanza que no desengaña (cfr. Rom 5, 5)” (RMa 42). María garantiza la confianza y tensión de la esperanza cristiana hacia un “*más allá*”.

2. Actitud de esperanza, como resumen de la vida de María

Al final de la encíclica (n.50) se ofrece un resumen de los textos bíblico-marianos, en forma de oración, donde se glosa la actitud de fe, esperanza y caridad de María. Es un mosaico donde todas las piezas se armonizan ofreciendo una actitud habitual y permanente de esperanza eclesial personificada en María. En ella, se vive gozosamente el “ya” de un don de Dios, aceptando con confianza dolorosa el “todavía no”, que sólo tendrá cumplimiento en un “*más allá*”.

Cada una de las piezas del mosaico se armoniza con las demás. Analizados por separado perderían la luminosidad del conjunto. Es como un resumen de los dones de Dios, en los que, junto con la alegría del don, se recibe una garantía de un “*más allá*” que sólo se balbucea. Los dones de Dios no son Dios. Pero en los dones pasajeros (que se agradecen, se viven y se comparten) se deja entrever un amor que no pasa.

⁷ Cita y comenta el amor inamovible de Pablo por Cristo: Rom 8,38-39.

⁸ En la *Lumen Gentium* se presenta a María como modelo de la Iglesia, en el camino de fe, de “sólida esperanza” y de caridad, siempre “buscando la gloria de Cristo” (LG 64-65). Lo recuerda también la encíclica *Redemptoris Mater*: “A través de las generaciones está presente en medio de la Iglesia peregrina mediante la fe y como modelo de la esperanza que no desengaña (cfr. Rom 5, 5)” (RMa 42; cfr. RMa 2).

Esta visión de conjunto de los textos marianos neotestamentarios constituye una reflexión, a modo de "lectio divina", que resume los contenidos básicos de la encíclica sobre la esperanza. En este caso, se presentan las actitudes fundamentales de la esperanza desde la vivencia mariana, gozosa y dolorosa a la vez, puesto que la Palabra de Dios invita a preparar un "más allá" de visión y encuentro definitivo, sin disminuir la atención comprometida hacia el presente.

Cada uno de los textos (desde la anunciación hasta el cenáculo de Pentecostés) parecen describir una actitud de alegría "pascual", que va transformando el dolor de una ausencia en el gozo y la experiencia de una nueva presencia de Cristo. Es el mismo Señor quien ha querido recorrer este camino "pascual" (de dolor y de gozo), asociando a María (figura de la Iglesia peregrina) en este mismo camino. El "paso" o "Pascua" de Cristo hacia la "gloria" incluía su propio dolor y el dolor de los suyos, especialmente el de María su Madre. Así lo explicó el Señor a los discípulos en el camino de Emaús: "¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?" (Lc 24,26).

En María, la esperanza tiene dimensión teológica, cristológica, pneumatológica, eclesiológica y escatológica; por esto, como figura de la Iglesia peregrina, se mueve bajo la guía del Espíritu Santo y según los designios del Padre, aceptando con gozo el dolor de un "más allá" que sólo será realidad en la glorificación de Cristo.

La esperanza de María enraíza en la *esperanza de Israel*, vivida en unión con Cristo, quien ha llevado todo a su "cumplimiento" (cfr. Mt 5,17). María, por haber vivido "en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel", era "una de aquellas almas humildes y grandes en Israel" (como Simeón, Ana, Isabel y Zacarías), que enraizaron su vida en la esperanza mesiánica (cfr. Lc 2,38) (n.50). El paso a este "más allá" es siempre camino doloroso de fe, esperanza y amor.

La fe y esperanza de María pudieron expresarse plenamente recordando las promesas hechas por Dios "en favor de Abraham y de su descendencia por los siglos" (Lc. 1,55). Así lo recuerda también la encíclica, describiendo la esperanza mariana abierta siempre a la sorpresa de Dios. Como ya había afirmado Juan Pablo II, el "verdadero rostro" de la esperanza (también para María) se mostró en Jesús resucitado, cuando "la promesa había comenzado a transformarse en realidad" (RMa 26). Mientras tanto, el camino de la esperanza es siempre el de una fe que, por ser auténticamente fiel, afronta la oscuridad momentánea de la peregrinación terrena, confiando llegar a un "más allá" conocido sólo por Dios.

El primer salto cualitativo de la esperanza de María fue en el momento de la *Anunciación*, dejándose sorprender por el mensaje del ángel, según el cual daría a luz a "Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo". Era el cumplimiento de que "la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia". María aceptó "la grandeza de esta misión" y dijo que "sí" (n.50; cfr. Lc 1,38). Su actitud de temor inicial se concretó en este salto de aceptación de un "más allá", según las promesas de Dios sobre el Mesías.

En el momento de la *Visitación* a su prima Isabel, María acudió “presurosa” y “llena de santa alegría”. Con este gesto de fe, esperanza y caridad, se convirtió en “la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia” (n.50). Aquí el “*más allá*” abarca también a la Iglesia del futuro, de quien María era su figura o personificación.

Es en el *Magnificat* donde María, “junto con la alegría”, expresada “con palabras y canto”, difundió gestos estimulantes de esperanza para la historia posterior, sin dejar de intuir que en “las afirmaciones oscuras de los profetas” ya se vislumbraba “el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo” (n.50). Los dones de Dios, que se reciben con alegría y gratitud, dejan entrever dolorosamente un “*más allá*” pascual de algo definitivo que no puede lograrse todavía, aunque sí puede y debe prepararse en este mundo.

La alegría de María por el *nacimiento de Jesús en Belén* se unió al “resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores”. Pero fue también alegría amalgamada con el sufrimiento de contemplar que era “palpable la pobreza de Dios en este mundo” (n.50). María vivió este “*más allá*” con la actitud contemplativa de quien acepta el misterio y la sorpresa de Dios (cfr. Lc 2,19; cfr, 2,51).

La esperanza de María siguió este mismo itinerario de “*mas allá*” cuando, en la *Presentación* del niño Jesús, el anciano Simeón le profetizó “la espada” que traspasaría su “corazón” (cfr. Lc 2,35). Se trataba de compartir con su Hijo la suerte de ser “signo de contradicción en este mundo” (n.50).

Uno de los momentos más significativos de este itinerario de esperanza fue cuando, durante la actividad pública de Jesús, ella se quedó “a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que él había venido a instituir”. Esta nueva familia de Jesús “se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra (cfr. Lc 11,27s)” (n.50). El “*más allá*” de esta nueva sorpresa sólo se desvelaría en la cruz y en Pentecostés, al manifestarse la nueva maternidad de María.⁹

La actividad pública de Jesús tuvo otro momento fuerte de un “*más allá*”, cuando, en la sinagoga de Nazaret, se manifestó de nuevo su realidad de “signo de contradicción”, que ciertamente implicó a María: “No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el « signo de contradicción » (cfr. Lc 4,28ss)” (n.50).

El momento culminante de este itinerario de esperanza hacia un “*más allá*” siempre sorprendente, fue el de la cruz, cuando María vio a Jesús “morir como un fracasado”, a pesar de las promesas mesiánicas sobre el “Salvador del mundo, el heredero de David”. En este contexto de “hostilidad” y “rechazo”, María recibe una palabra sorprendente: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19,26). Las palabras del Señor abrieron

⁹ La primera encíclica de Benedicto XVI describe el mismo acontecimiento evangélico con estas pinceladas: “Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cfr Jn 2, 4; 13, 1)” (DCe 41).

la puerta de un “*más allá*” de nueva maternidad: “Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo” (n.50).

Cuando “la espada del dolor traspasó el corazón” de María, la esperanza se abrió a un “*más allá*” de nuevos derroteros para la Iglesia y para toda la humanidad. Misteriosamente se cumplían, de modo nuevo, las palabras del ángel en la Anunciación: “No temas, María” (Lc 1,33), “su reino no tendrá fin” (Lc 1,33). “¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes” (n.50).

La “oscuridad del Sábado Santo” se convirtió también, para la fe de María, en un “*más allá*” de “certeza de esperanza” y “mañana de Pascua”. “La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe” (n.50). El “reino” de Jesús es siempre “*más allá*” de todas las esperanzas humanas.

3. *María, estrella, discípula y madre de esperanza en la Iglesia de todos los tiempos*

En el caminar de Iglesia peregrina hacia un encuentro definitivo con Cristo, María “permanece”, es decir, está presente “como Madre de la esperanza” (n.50). Todos los momentos de la vida de María (que se resumen al final de la encíclica) indican una experiencia de esperanza, que hacen de la Madre de Jesús un modelo activo que tiene “influjo salvífico” (LG 60). Ella, como afirma el concilio, “antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza y de consuelo hasta que llegue el día del Señor” (LG 68).

La encíclica *Deus caritas est* había hecho también un resumen de los textos marianos del Nuevo Testamento, en la perspectiva de la caridad: “Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos de la infancia. Lo vemos en la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace presente a Jesús.... La hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz... Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cfr. Jn 19, 25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cfr. Hech 1, 14)” (DCe 41).

Es fácil encontrar en la vida de María los “lugares” de aprendizaje del ejercicio de la esperanza, de que habla la encíclica: la oración como escuela de la esperanza (nn. 32ss), el actuar y el sufrir (nn. 35ss), el juicio o examen de amor ya desde ahora y al final de la peregrinación terrena (nn.41ss).

La actitud relacional de María con Jesús, en el decurso de toda su vida (que se resumen en el n.50), es una ratificación de esta enseñanza de la encíclica como apertura a una esperanza compartida con los demás: “La relación con Jesús es una relación con Aquel que se entregó a sí mismo en rescate por todos nosotros (cfr. 1 Tim

2,6). El hecho de estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser « para todos », hace que éste sea nuestro modo de ser” (n.28).¹⁰

En las diversas escenas evangélicas, María se presenta con esta actitud de apertura a la Palabra personificada en el mismo Jesús. Por esta “contemplación”, ella podía vislumbrar, en “las afirmaciones oscuras de los profetas”, un *más allá*: “el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo” (n.50).

El canto del “Magnificat” indica una contemplación confrontada entre las promesas mesiánicas contenidas en el Antiguo Testamento y el mensaje recibido del arcángel Gabriel el día de la Anunciación. La “misericordia” divina resumía estas promesas y las llevaba a un cumplimiento *más allá* de toda esperanza anterior, como un don para toda la humanidad, “de generación en generación” (Lc 1,50).

En la encíclica *Deus caritas est*, Benedicto XVI ofrece una síntesis del significado del Magnificat como “todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno”. Y añade: “Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas... El *Magnificat* —un retrato de su alma, por decirlo así— está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios” (DCe 41)

Dice la encíclica *Spe salvi*, al hablar de la oración como escuela de esperanza, que “el que reza nunca está totalmente solo” (n.32). Por ser la esperanza cristiana una apertura a Dios, consecuentemente, “es siempre esperanza para los demás” (n.34).¹¹

Toda la vida de María es un aprendizaje de la esperanza, capaz de cambiar el sufrimiento en el gozo de la donación. La cercanía de Jesús, desde el día de la Encarnación, se convierte en experiencia de una presencia que es más allá de la visibilidad humana y de los éxitos inmediatos. María fue viviendo estas sorpresas gozosas y dolorosas, para contemplarlas a la luz de la misma palabra de Dios.

El momento culminante de la experiencia dolorosa fue la cruz: “La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en

¹⁰ El concilio Vaticano II resumió la vida de María, como modelo de vida teologal (fe, esperanza y caridad) y ayuda materna para toda la Iglesia: “Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia.” (LG 61).

¹¹ La encíclica *Deus caritas est* llega a esta conclusión sorprendente: “Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada” (DCe 41). La nueva maternidad de María se refiere también a Cristo que quiere vivir en sus creyentes.

el momento de la anunciación: « No temas, María » (Lc 1,30). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón” (n.50).

Aunque en la Anunciación el ángel había dicho a María, refiriéndose a Jesús, que “su reino no tendrá fin” (Lc 1,33), la realidad dolorosa del Calvario parecía indicar que el reino “había terminado antes de empezar”. Pero precisamente es en este momento en que María pasa a una nueva maternidad, como “madre de los creyentes” (n.50).

Este milagro de cambiar el sufrimiento en el gozo de la donación “sólo podría hacerlo... un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella” (n.37). Así, pues, “este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor” (n.37). María supo recorrer este mismo camino de esperanza gozosa y dolorosa, asociada al mismo Jesús, confiada en su nueva presencia y acción salvífica.

Al compartir la vida con Cristo, se dejó sorprender por él. Su vida fue un continuo examen de amor: de los dones de Dios, había de pasar al amor del mismo Dios que se da a sí mismo *más allá* de sus dones.

María, más que nadie, pudo experimentar, guiada por la fe, la esperanza y la caridad, que Cristo, el Inocente, se había convertido en “esperanza-certeza” (n.43) de que Dios ha entrado en nuestra historia para hacerla su misma historia. El estar de pie junto a la cruz (cfr. Jn 19,25) equivalía a “dirigir la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado” (n.44). Ahí se experimenta que “el dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría” (n.47).

La nueva maternidad de María consistirá en acompañar a los creyentes para vivir esta misma experiencia que transforma el sufrimiento en un nuevo modo de amar, convirtiéndolo en esperanza fecunda para sí y para todos los demás. La fecundidad (espiritual y apostólica) es maternidad dolorosa y gozosa (cfr. Jn 14,21-23).

Este itinerario de esperanza preparó a María para entrar plenamente en el camino de la Iglesia, familia de Jesús. La oración mariana del final de la encíclica lo resume con estas palabras: “La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cfr. Hech 1,14), que recibieron el día de Pentecostés” (n.50).¹²

Todo el camino de la esperanza es un adentrarse en la realidad del “reino” de Jesús, que siempre es *“más allá”* de todas las esperanzas humanas: “El « reino » de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este « reino » comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin”. Propiamente la novedad del “reino” se muestra en el misterio pascual de cruz y resurrección. De nuevo, la maternidad de María,

¹² La encíclica *Deus caritas est* describe el hecho pentecostal como una familia “en torno” a María: “Más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cfr. Hech 1, 14)” (DCe 41).

precisamente por ser “virginal” (como pertenencia esponsal a Cristo), llega a su máxima expresión de fecundidad: “Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza” (n.50).

La amplia invocación mariana final resume los contenidos de la encíclica al describir la historia humana como un camino hacia Cristo (o el “reino” de Cristo), en el que María es la “Estrella” que guía hacia el Señor: “Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enseñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino” (n.50).

Recordando el camino de los Magos, guiados por la estrella hacia Belén, la Iglesia se siente identificada con María, nueva Jerusalén circundada de luz que conduce todos los pueblos a Cristo. La encíclica, ya desde el inicio, recuerda la estrella que siguieron los Magos para encontrar a Cristo centro del universo (n.5).

Es interesante observar que, según la narración de Mt 2,1-11, los Magos vieron y siguieron la "estrella" hasta encontrar "al niño con María su madre" (Mt 2,11). El texto de Mateo sobre los Magos parece inspirarse en las líneas básicas de Isaías 60,1-6, cuando se describe a Jerusalén como madre de todos los pueblos: "Levántate, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Javeh ha amanecido sobre ti... Caminarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu alborada" (Is 60,1-6; cfr. cap. 11; 49,22-23; 56; 66; Zac 2,14-15). Cristo es "el Salvador preparado delante de todos los pueblos, luz para iluminar a las gentes" (Lc 2,30-32; Is 42,6; 49,6). María, como figura de la Iglesia, forma parte de la epifanía de este misterio salvífico.¹³

María es el camino que nos enseña qué es y “quién” es la esperanza. Cambiando el vocablo “amor” por el de “esperanza”, se puede afirmar que “María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva” (DCe 42). Por esto, la Iglesia la invoca a María explicitando el significado de “Madre de la esperanza” en relación con la peregrinación histórica hacia un “*más allá*”: “Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino” (n.50).

Gracias a esta actitud mariana de esperanza, ya podemos encontrar a Dios que tiene rostro y corazón de hombre en Jesús. En la vida de María, el itinerario fue de gozo y dolor. La clave es siempre la actitud de fe (por aceptar el “*más allá*” del misterio divino), de esperanza (por dejarse sorprender por el mismo Dios que es “*más allá*” de sus dones) y de amor (por hacer de las dificultades un “*más allá*” traducido en una nueva posibilidad de darse). El mismo amor a Dios y a los hermanos, sostenido por la fe y la esperanza, es fuente de dolor. Verdaderamente “el « sí » al amor es fuente de sufrimiento” (n.38).

Lo que era una nueva presencia y cercanía de Dios en Cristo, se convierte en un “paso” (“Pascua”) para compartir la misma vida de Cristo muerto y resucitado. La “nueva misión” de María, “Estrella” y “Madre de la esperanza”, consiste en ser “madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo” (n.50). “En

¹³ Resumo el tema en: *Maria segno di speranza per la futura evangelizzazione. Il suo influsso materno nei "semi del Verbo"*, en: *Maria segno di speranza*, o.c. (ver la bibliografía final del presente estudio), pp. 133-158.

ella, la maternidad redimida del pecado y de la muerte, se abre al don de una vida nueva” (Prefacio de Adviento). La historia ha recuperado su sentido y “plenitud” en Cristo, “nacido de la mujer” (Gal 4,4).

Bibliografía:

AA.VV., *María segno di speranza per il terzo millennio* (Roma, Centro di Cultura Mariana, 2001).

J. CABA, *Resucitó Cristo, mi esperanza* (Madrid, BAC, 1986).

G. CALVO, *María evangelizadora*: Estudios Marianos 59 (1994) 257-273.

J. ESQUERDA BIFET, *El gozo de la esperanza* (Barcelona, Balmes, 1997). Idem, *María en el camino misionero de la Iglesia*, en: *Teología de la Evangelización* (Madrid, BAC, 1995) cap. XII.

S. MEO, *María Stella dell'evangelizzazione*, en: *L'Annuncio del Vangelo oggi* (Roma, Pont. Univ. Urbaniana, 1977) 763-778.

F. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de la esperanza* (Madrid, Ciudad Nueva, 2000).

E. PIRONIO, *Un camino de esperanza con María* (Madrid, Inst. Vida Religiosa, 1988).

J. RATZINGER, H.U. VON BALTHASAR, *María, Iglesia naciente* (Madrid, Edit. Encuentro, 1997).